

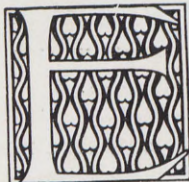
DISCURSO DE CONTESTACIÓN

POR EL ACADÉMICO

EXCMO. SR. D. FACUNDO BURRIEL GARCÍA-POLAVIEJA

EXCMO. SR.:

SEÑORES ACADÉMICOS:



N mala hora y con daño, como veis, se presenta el Excmo. Sr. D. Juan Noguera y Yanguas, V Marqués de Cáceres y de Casa Ramos de la Fidelidad, a tomar posesión de su cargo en esta ilustre Corporación, pues al traspasar el dintel de nuestra casa, en vez de ver ilusionado cómo se adelantaban a darle el parabién y la bienvenida dos varones insignes, miembros preclaros y beneméritos nuestros, con quienes le ligaron los más estrechos vínculos, de la sangre para con uno y de la amistad para con el otro, encuentra ausentes para siempre de entre nosotros, a quienes fueron D. Vicente Noguera y Aquavera, IV Marqués de Cáceres, y D. Juan Dorda y Morera, prestigiosísimos e inolvidables académicos que con tanta efusión y alegría le hubieran abrazado cariñosos. Y por si fuera corta desventura tener a la sazón como primer recuerdo la frialdad de la tumba de seres tan queridos, todavía se aumenta y agiganta la desgracia de nuestro nuevo colega, a quien con tanta ansiedad esperábamos ver entre nosotros, con el hecho de ser el último de todos vosotros el designado para recibirle y testimoniarle la justicia, la alegría y el envanecimiento con que le damos posesión de su sillón en este nuestro escogido solar: si bien esta última circunstancia quede cumplidamente coonestada y en parte explicada, por ser público y notorio el mutuo y fraternal cariño de toda la vida, nunca interrumpido, jamás entibiado y siempre creciente, que nos une al recipiendario y a mí.

Nunca es empresa fácil y corriente la de las elecciones académicas, acechados como estamos, al hacerlas, por la crítica que, alimentada a las veces por la pasión y en ocasiones por el despecho, no siempre es justa en sus apreciaciones para con nosotros, y llega en momentos a enturbiar el juicio de los espíritus más selectos, cual le ocurrió a Voltaire, que, con su fino humorismo y más donaire que verdad, llegaba a decir en la Academia Francesa, de la que él mismo formaba parte, «que era un Cuerpo donde se recibía a personas tituladas y hombres a la moda, a obispos, togados, médicos, geómetras y... alguna vez hasta a gentes de letras». Pero si siempre son difíciles estas elecciones, sube de punto la magnitud de la tarea cuando se trata de llenar una vacante como la presente, causada por la muerte de varón tan esclare-

cido cual el Ilmo. Sr. D. Juan Dorda y Morera, que con tanto realce y tanto prestigio ostentó la medalla de Académico de San Carlos durante tantos años, y que tan cumplidamente y durante varios lustros llenó la presidencia de nuestra Corporación, cuyo engrandecimiento, esplendor y públicos prestigios supo elevar a la inmarcesible cumbre en que hoy se encuentran. Permitidme, pues, que lleve yo también el tributo de mi recuerdo y el testimonio del inmenso afecto que nos unió a la memoria de aquel compañero tan querido y respetado por todos nosotros, cuya muerte aun lloramos y cuya falta perdurará siempre en esta casa, si bien la haya compensado tan acertada y cumplidamente la Academia con el nuevo Académico nombrado a quien en este momento damos posesión.

Porque realmente ese nombramiento es, a más de un acto de justicia, un incontrovertible acierto de nuestra docta Corporación. Bastara el grato e imborrable recuerdo del III y del IV Marqués de Cáceres, que consecutivamente ocuparon un sillón en ella con tanta razón, colaborando a sus fines desde sus elevadas posiciones sociales con una autoridad y un prestigio sólo comparables a su competencia y entusiasmos por las Bellas Artes, para que nosotros, por ley de hidalguía y a fuer de agradecidos, estimáramos ese título nobiliario de Cáceres como vinculado a esta Casa, y pusiéramos especial empeño en que nunca estuviese ausente de ella, donde bien puede y debe decirse con toda verdad que tan linajudo Grande de España tiene un sillón por *derecho propio*, a más de tener el afecto y el cariño de todos los académicos. Pero es que al fijar nuestra atención en el actual y V Marqués de Cáceres y llamarle a nuestro seno con el entusiasmo y complacencia con que lo hemos hecho, no sólo rendimos tributo a la gloriosa tradición de la Academia, que no puede ver ausente de ella a una de las más firmes y preclaras representaciones de la nobleza valenciana, siempre unida al mayor desarrollo y esplendor de las Bellas Artes en nuestra ciudad, sino que realizamos un acto de máxima justicia y acierto, pues si grandes son las dotes de prudencia, simpatía y bondad que adornan la persona de quien desde este momento llevará en su pecho nuestra codiciada medalla con la distinción y prestancia en él características, mayores y más notorios son aún su culto idolátrico y entusiastas amores por las Bellas Artes, las no comunes energías de su carácter, siempre envuelto en el ropaje de la más exquisita delicadeza, la bondad de su corazón y las excelencias de su juicio, en suma, que sería manifiesta injusticia y ofensiva omisión que yo callara a causa del mucho cariño que con él me une.

Si de todo ello cupiese la más ligera duda, cumplida y plenamente la desvanecería, confirmándonos más y más en la seguridad que todos tuvimos de proceder con la más rigurosa justicia y afinado acierto cuando unánimes votamos al nuevo Académico, ese su magistral discurso que con delectación y embeleso todos acabamos de oír, y en el que no se sabe qué alabar más, si el acierto y la oportunidad del tema elegido, la competencia y erudición con que está tratado, la seguridad de los juicios emitidos o la galanura de forma y sutileza de concepto que en él resplandecen y que tanto lo avaloran.

Encaadrada exclusivamente hasta bien entrado el siglo XVIII la investigación humana de la vida social pretérita en el marco del documento clásico escrito y en el criterio de autoridad del *magister dixit*, tan incompleto el primero por sí solo y tan desvirtuado y alejado de la verdad el segundo por su propio abuso y por los falsos cronicones de la Edad Media, son al presente de gran interés y máxima utilidad cuantos estudios se hacen con elementos más completos y más exigente crítica sobre

la vida humana en las épocas anteriores a la escritura, y muy especialmente los que se refieren y afectan al Arte en tan remotos tiempos, que tan elocuentemente revelan y tanto sirven para inquirir la parte psíquica, intelectual y sentimental, religiosa e ideológica, espiritual, en suma, de los pueblos que nos precedieron en millares de años y son nuestros progenitores.

Desde que los naturalistas se dieron al estudio de las especies zoológicas desaparecidas y hallaron con sorpresa que entre ellas vivía el hombre, advirtieron con asombro, historiadores y arqueólogos, cómo se dilataba extraordinariamente su campo de acción hasta límites insospechados y hasta tiempos que ni siquiera se habían soñado, ofreciéndose bien pronto a la vista en los periodos paleolítico y neolítico, sobre todo en aquel más antiguo, las primeras obras del arte humano, contemporáneas de los animales desaparecidos y fosilizados, en que nuestra patria tuvo las primicias del origen y del estudio, y en que todavía conserva orgullosa la superioridad del número y de la calidad.

La esplendente manifestación artística de las pinturas rupestres en nuestra región, mal llamada Alperense, apenas explorada todavía, pero tan admirablemente tratada por el nuevo Académico en su discurso, es cosa de excepcional importancia para Valencia, que ve arrancar desde tan lejos su gloriosa y no interrumpida tradición artística, y, lo que es más importante, ve que desde tan remotos tiempos tiene ya personalidad propia, completamente definida y bien caracterizada en el campo de las Bellas Artes, pues, a diferencia de la escuela altamirense, ofrece nuestra región desde un principio, la reproducción de la figura humana y el cuadro de composición, expresivo éste último de costumbres y manifestaciones vivas de las relaciones sociales, que ni siquiera se inicia en la ancestral escuela norteña; y uniendo la estilización completamente realista, al naturalismo más verista que puede pedirse, en un conjunto de armonía y de belleza, de un vigor insuperable y de una técnica perfectísima, sabe dar desde un comienzo expresión al movimiento y aun a la pasión, como sucede, por ejemplo, en la composición venatoria que hay pintada en la cueva del Charco del Agua Amarga (Alcañiz, Teruel), donde cumplidamente se puede observar que, mientras el jabalí huyendo está concebido bajo un realismo verdaderamente altamirense, el arquero aparece trazado con cuatro rayas sencillísimas de mano maestra y un vigor y expresión insuperables: si no fuera por la característica montera del cazador y sus piernas, con esa actitud de arquero cuaternario, mal podrían considerarse contemporáneas estas dos figuras que, en su conjunto, son ya expresivas de un verdadero cuadro de costumbres.

Esta importancia e interés suben de punto para nosotros cuando, pasados aquellos remotísimos periodos y también la edad del Bronce, se entra de lleno en la edad del Hierro. Entonces se desarrolla en las costas S. y E. de nuestra Península y región del Ebro, penetrando después en el interior de España y alcanzando, aparte del Mediodía de Francia, paralelamente a la cultura y civilización hallstática del centro castellano, la cultura y la civilización llamada por hoy ibérica, que, influenciada notable y positivamente por las colonizaciones fenicia y griega y tal vez por la cultura que a su retorno introdujeron los mercenarios españoles, que emprendieron correrías por tierras extranjeras—se sabe positivamente que éstos formaron en las filas cartaginesas de la batalla de Himera, dada en Sicilia el 480 antes de J. C.—, parece, sin embargo, ser, y así se estima más de día en día, una verdadera fructificación de elementos indígenas impulsada y moldeada en parte por las influencias extranjeras mencionadas.

A medida que se va inquiriendo y estudiando más esta civilización y esta cultura ibérica, va apareciendo también más adelantada y más esplendorosa, poniéndonos de manifiesto que, en muchos aspectos, la conquista por el pueblo-rey y la romanización de nuestro suelo, produjeron de momento un verdadero retraso o, por lo menos, implicaron una manifiesta paralización en la marcha progresiva de la muy adelantada civilización del pueblo conquistado, que, si hasta el presente no ha aparecido fulgurado cual debía, es sencillamente a causa de estar hecha la historia antigua de nuestra Península por los historiadores romanos, que, injustos y envanecidos, se limitaron a inventariar sus glorias, con sistemático olvido de la valía de los vencidos, sin querer comprender que, al cabo y al fin, cuanto más grande fuera ésta, tanto más se elevaba el mérito del conquistador.

Pero donde más resalta y brilla esa cultura levantina, ofreciéndonos a la sazón con ello uno de nuestros más preciados timbres de gloria, es en el vasto campo de las Bellas Artes, tan bien preparado por la hermosura de la naturaleza y por el espléndido ambiente de luz y de color en que plugo a la Providencia colocarnos. En esa disciplina puede decirse, por hoy, que ostentaron nuestros progenitores la supremacía de su época en España.

Aparte la decoración cerámica, tan completamente estudiada por nuestro nuevo colega en su discurso, nada sabemos aún de la pintura ibérica valenciana, si bien es presumible y muy razonable creer que no debió desaparecer en dicha época en absoluto y como por encanto la inspiración y el genio productor de nuestras pinturas epígrafas del paleolítico superior, que, si decaen en el neolítico, es a cambio de dar cumbre en él a lo que pudiéramos llamar *teoría estilizatoria*, que tanto había de servir para el mayor progreso estético de las artes industriales. Pero en cambio la escultura y la orfebrería alcanzaron en la época ibérica una perfección y una técnica tan extraordinarias y admirables en nuestra región, de la que son espléndida y abrumadora muestra el busto de la llamada Dama de Elche y los tesoros de Jávea y Cheste, que, a más de ser indicio bastante para pensar en igual progreso de la pintura, son lo suficiente por sí solas para consagrar definitiva y cumplidamente la civilización de aquel pueblo en Valencia, como muy sublimada en el orden artístico, y con ello, como muy adelantada en su progreso, ya que el arte, por ser la expresión más sublimada de la espiritualidad y del sentimiento en el cotidiano vivir, es también la expresión más real y verdadera del progreso y de la cultura que en cada momento alcanza un pueblo. Esa Dama de Elche que, hiciérala quien la hiciera, nadie duda de que es una fiel reproducción de la mujer valenciana de aquellos tiempos, y esas fastuosas joyas descubiertas en nuestra región, son lo bastante para evidenciar un lujo y una ostentación en las clases elevadas de la sociedad de aquel tiempo, con una industria del vestuario y de la habitación sumamente adelantada y perfecta, y hasta un comercio amplio y bien organizado, que a voz en grito están proclamando y probando hasta la saciedad un estado social en nuestros progenitores los iberos, muy distinto y muy distante del semisalvaje en que se les ha creído antes de la conquista romana; y esa Dama de Elche y esas joyas cuyas líneas todavía hemos visto nosotros reproducidas en nuestras clásicas y hermosas labradoras con sus *caragòls*, *pintes*, *polques*, etc., suponen un dominio ya tan grande del dibujo y de la técnica, y un conocimiento tan profundo de la expresión y de la forma, que no debe ni puede extrañar a nadie que el pueblo que las hizo haya tenido la tradición y la vida artística que ha tenido el valenciano con nombres tan gloriosos como Jacomart y Joanes, Ribalta y Ribera, Espino-

sa y López, Benlliure y Sorolla, que bien pueden estimarse como continuadores de aquellos inspirados artistas ibéricos que nos dejaron las magistrales obras de arte que tanto estimamos y admiramos hoy.

Todo esto da una excepcional importancia, que nuestra Academia ni puede desconocer ni debe olvidar, a la reciente, oportunísima y por todos conceptos loable iniciativa de la Excm. Diputación provincial de Valencia creando el Servicio de Investigación Prehistórica y el Museo de tal clase, en cuyo trascendental acuerdo parte tan principal y tan activa ha tenido nuestro recipiendario Excmo. Sr. Marqués de Cáceres. Ahora es cuando por ello podrá conocerse, metódica y cumplidamente, el arte valenciano, como tantas otras cosas, de aquellas remotas edades, porque no sólo se evitará la pérdida de los objetos que aparezcan, sino que se buscarán metódicamente, y cumplidamente se estudiarán de hoy en adelante. Y no habré de insistir yo, en su consecuencia, lo más mínimo para evidenciar ante propios y extraños, por tanto, que al traer al seno de nuestra Corporación a persona cual el actual Marqués de Cáceres, que tanto se ha interesado y que tanto ha hecho por dar realidad a ese trascendental acuerdo de nuestra Diputación Provincial e importante servicio para las Bellas Artes y para Valencia, no sólo realizamos un acto de cumplida justicia, sino que damos público testimonio de uno de nuestros más indiscutibles aciertos.

Pero me he extendido en demasía, y hora es ya de que cumpla vuestro encargo y mi ferviente deseo de testimoniar al nuevo Académico, con toda efusión y con toda verdad, la felicitación y la bienvenida tan sincera y tan cariñosa con que todos lo recibimos en esta nuestra Casa.

Bien venido seáis a nuestro lado, Excmo. Sr. y amigo mío del alma, a continuar entre nosotros la constante tradición de vuestra egregia Casa en pro de las Bellas Artes, trabajando incansable, ora con la pluma o bien con la acción, ya desde ese sillón que hoy ocupáis por vez primera, como desde cualquier otro sitio a que os puedan llevar vuestra valía y vuestros méritos, por el enaltecimiento y mayor esplendor de esas disciplinas tan sublimes, que son precisamente el lema de nuestro escudo y en cuyo servicio habéis de hallar vuestra más cumplida ejecutoria en esta docta Corporación que, al recibiros y poner en vuestro cuello nuestra estimadísima medalla, os dice por boca de su último Académico: Plácemes y enhorabuenas sin cuento para todos: para nosotros, cuya satisfacción, venciendo a la cortesía, nos lleva a ponernos en primer lugar, porque hace tiempo que os deseábamos tener a nuestro lado; para la Academia, que al cabo y al fin vive de la valía de sus miembros, porque cuenta desde hoy con vos, que tanto valéis; y para vos, cuya modestia y bondad son tan grandes, porque aquí podréis servir con más eficacia y constancia los nobles fines de nuestro Instituto, que son sencillamente y en definitiva las aspiraciones de vuestra cultura y los anhelos de vuestro corazón.

HE DICHO.